

La primera lectura de hoy nos presenta a San Miguel Arcángel, príncipe de las huestes celestiales, quien junto con su ejército de ángeles nos defiende en nuestra batalla contra el diablo y sus demonios. Siempre podemos acudir directamente a Jesús para pedir ayuda en todos los asuntos, pero si Él no quería que los santos y los ángeles nos ayudaran, ¿por qué nos los dio?

San Miguel es una figura muy importante en la guerra espiritual. Este es un buen momento para hacer un breve repaso.

En primer lugar, debemos recordar que el diablo es real; el mismo Jesús habla de él de esa manera. Jesús expulsó a los demonios y dio a sus discípulos el poder para hacer lo mismo. Sí, Jesús reconoce la realidad del diablo, pero el diablo no es rival para él. Jesús es Dios encarnado; no tiene rival; no puede ser derrotado. El diablo y los demonios son criaturas, criaturas poderosas, pero siguen siendo simplemente criaturas y solo tienen tanto poder como Dios les permite tener. El diablo odia a Dios, pero no puede hacerle daño, por lo que ataca a quienes Dios ama, es decir, a nosotros. Dios tiene sus propias razones para permitir que el diablo actúe, una de las cuales podría ser que Dios lo utiliza para asustarnos y hacer que regresemos a los brazos protectores de Jesús.

Todos hemos oído hablar de posesiones demoníacas y maldiciones, ese tipo de cosas, pero ¿sabes cómo suele atacarnos el diablo? Nos tienta. Todos experimentamos tentaciones y, por lo general, no le hacemos muy difícil el trabajo al diablo. Cedemos a la tentación muy fácilmente. El diablo no tiene que recurrir a ataques extraordinarios porque cedemos a sus ataques ordinarios muy fácilmente. Desarrollar nuestra fuerza de voluntad y resistir la tentación son partes muy importantes de nuestra batalla diaria en la guerra espiritual que se desarrolla a nuestro alrededor.

Hay muchos casos bien documentados de ataques demoníacos más extraordinarios: posesión, maldiciones, etc. Debe haber un punto de entrada para que los demonios hagan esto. Cada vez que elegimos el mal, abrimos una puerta. Cada vez que incursionamos en el ocultismo, abrimos una puerta. Las maldiciones generalmente provienen de una persona que invoca el poder del diablo para atacar a sus enemigos. Necesitamos tomar estas cosas en serio sin caer en la paranoia y la superstición. Manténgase alejado de todo lo que tenga que ver con lo oculto, incluso los juegos, y evite elegir el mal.

Todo esto puede sonar aterrador, pero no debemos tener miedo. Dios nos ha dado todo lo que necesitamos para permanecer bajo su protección. La mejor defensa contra lo demoníaco es permanecer firmemente arraigados en los sacramentos. Debemos confesarnos a menudo, especialmente si somos

conscientes de que estamos en estado de pecado mortal (el pecado mortal aumenta el peligro). Asista a Misa todos los domingos y reciba la Eucaristía tan a menudo como pueda mientras esté en estado de gracia. Si no puede recibir la Eucaristía, haga un acto de comunión espiritual tan a menudo como lo sienta necesario. Aproveche al máximo los sacramentales, como el agua bendita. El agua bendita que usamos aquí ha sido bendecida y exorcizada y ha sido mezclada con sal bendita y exorcizada. También podemos usar crucifijos y medallas benditas. Pida a María, José, San Miguel y a su ángel guardián personal que lo protejan. Sobre todo, cuando esté en peligro, haga lo más fácil posible: invoque el nombre de Jesús. Es su cuerpo y su sangre lo que nos protege y nos salva. Debemos ser cautelosos y vigilantes, pero con Jesús de nuestro lado, nunca debemos tener miedo.

San Miguel y todos los santos ángeles y santos del cielo, rueguen por nosotros.

Today's first reading introduces us to St. Michael the Archangel, prince of the heavenly hosts, who along with his army of angels defends us in our battle against the devil and his demons. We can always go directly to Jesus for help in all matters, but if He didn't want saints and angels to help us, why did He give them to us?

St. Michael is a very important figure in spiritual warfare. This is a good time to do a brief review.

First, we must remember that the devil is real; Jesus himself speaks of him that way. Jesus cast out demons and gave his disciples the power to do the same. Yes, Jesus acknowledges the reality of the devil, but the devil is no match for him. Jesus is God incarnate; he has no rival; he cannot be defeated. The devil and demons are creatures, powerful creatures, but they are still simply creatures and they only have as much power as God allows them to have. The devil hates God, but he cannot harm Him, so he attacks those whom God loves, namely us. God has his own reasons for allowing the devil to operate, one of which might be that God uses him to scare us into returning to the protective arms of Jesus.

We have all heard of demonic possessions and curses, that sort of thing, but do you know how the devil usually attacks us? He tempts us. We all experience temptations, and we usually don't make the devil's job very difficult. We give in to temptation very easily. The devil doesn't have to resort to extraordinary attacks because we give in to his ordinary attacks very easily. Developing our willpower and resisting temptation are very important parts of our daily battle in the spiritual warfare that goes on around us.

There are many well-documented cases of more extraordinary demonic attacks – possession, curses, etc. There must be an entry point for demons to do this. Every time we choose evil, we open a door. Every time we dabble in the occult, we open a door. Curses usually come from a person calling upon the power of the devil to attack his enemies. We need to take these things seriously without falling into paranoia and superstition. Stay away from anything to do with the occult, even games, and avoid choosing evil.

All of this may sound scary, but we need not be afraid. God has given us everything we need to remain under his protection. The best defense against the demonic is to remain firmly rooted in the sacraments. We must go to confession often, especially if we are aware that we are in a state of mortal sin (mortal sin increases the danger). Attend Mass every Sunday and receive the Eucharist as often as you can while in a state of grace. If you cannot receive the Eucharist, make an act of spiritual communion as often as you feel necessary. Make the most of sacramentals, such as holy water. The holy water we use here has been blessed and exorcized and has been mixed with blessed and exorcized salt. We can also use blessed crucifixes and medals. Ask Mary, Joseph, St. Michael and your personal guardian angel to protect you. Above all, when you are in danger, do the easiest thing possible: call upon the name of Jesus. It is his body and blood that protects and saves us. We must be cautious and vigilant, but with Jesus on our side, we must never be afraid.

St. Michael and all the holy angels and saints in heaven, pray for us.